

## LA CEGUERA

¡Vaya faena le hizo Jesús a aquél ciego!... tan tranquilo que estaría él con su vida chata, sin preocupaciones, viviendo de la limosna. Total, al ser ciego de nacimiento, no sabía lo que era “*ver*” y tampoco podía añorarlo. Llega uno que hace barro con la saliva y se lo pone en los ojos -dicen que eso escuece, molesta- y lo envía a lavarse a la piscina de Siloé. ¿Qué otra cosa podía hacer sino lavarse la cara? Hasta aquí lo que, más bien, parece una pesada broma; sin embargo nosotros sabemos que se trata de una espléndida catequesis bautismal que nos legó para Cuaresma la iglesia primitiva.

Hay dos tipos de ciegos: aquellos a los que les falta la luz física de los ojos, y aquellos a los que les falta la luz interior de la fe. Ver es un milagro, pero estamos tan habituados a ver que solamente cuando se pierde la vista nos damos cuenta del don de nuestros ojos. Lo mismo nos está pasando en este tiempo de permanencia obligada en casa: espero que os sirva de ayuda para valorar lo que tenemos y tantas veces perdemos. **Cuando Jesús otorga al ciego la vista** no sólo le está permitiendo disfrutar de las maravillas de la naturaleza o del rostro de las personas -de lo cual estaba privado sin saber lo que se estaba perdiendo-, además **quiere abrirle los ojos a la Fe, quiere que vea y viva la vida con los ojos de Dios**. Del desconocimiento pasa al desconcierto, de ahí a la búsqueda, y concluye finalmente con la afirmación de la fe. La curación del ciego se acompaña de la aceptación de Jesús. La Fe cristiana no consiste en creer ciertas cosas, compartir unas ideas, o realizar variadas prácticas de piedad. **La fe cristiana es creer en alguien, creer en Jesucristo vivo y resucitado**. Cuando Jesús envía al ciego a lavarse nos da a entender que los ojos de la Fe se abren en las aguas del Bautismo; pero antes es necesario hacerle ver que está sucio, que es molesto estar así.

Había un ciego sentado en la acera con una gorra a sus pies y un trozo de madera donde se leía: “*Por favor, ayúdenme, soy ciego*”. Un creativo de publicidad pasó frente a él, se detuvo, y vio unas monedas en la gorra. Sin pedirle permiso tomó el cartel, le dio la vuelta, tomó una tiza y escribió algo. Volvió a poner el trozo de madera a los pies del ciego y se marchó. Por la tarde, tras la jornada de trabajo en su agencia, el creativo volvió a pasar junto al ciego que pedía limosna; su gorra estaba llena de billetes y monedas. El ciego reconoció sus pasos y le preguntó qué había puesto en el cartel en la mañana. El publicista le contestó: “*Nada que no sea tan cierto como tu anuncio, pero lo dije con otras palabras*”. Sonrió y siguió su camino. El ciego nunca lo supo, pero en su nuevo cartel se leía: “*Hoy es primavera y no puedo verla*”.

El ciego de esta historia no sabía qué era la primavera, y no sabe lo que se está perdiendo; el publicista y los que pasan a su lado sí lo saben. ¿Sabemos nosotros lo que nos perdemos en una vida sin Dios?

Luis Emilio Pascual Molina  
*Capellán de la UCAM*